

# *La tercera constelación a la izquierda*

*TESSA COOPER*

## *Prólogo*

*29 de marzo*

*Hebe*

Escucho la voz rota por el tabaco, el exceso de carajillos y el paso de los años de don Jaime informándonos de las últimas voluntades de la *nonna*, mientras una parte de mis neuronas no dejan de preguntarse qué se supone que pintan Mario, Rubén y Aquiles en el despacho contigo. No solo eso. La frase que el notario les ha soltado en el umbral de la puerta, justo antes de que entráramos mi familia y yo tras él en esta sala, «en nada los aviso», ha modificado nuestras caras de tristeza por unas de incompreensión tan evidente que nuestro padre ha ocultado, por los pelos, una risotada y mi madre ha mirado a los lados haciéndose la que no oye. No me gusta nada. A ver, lo de Mario, hasta cierto punto, lo comprendo; nos hemos criado juntos, pero ¿los otros? Las múltiples opciones que explicarían su presencia se barajan en mi cerebro, y un peso se instala en mi estómago, uno de los malos, un presentimiento que apareció en cuanto nos despedimos de la *nonna* en el hospital y que no ha hecho más que acrecentarse con el paso de las horas: mamá está rara. Apenas hace seis días que perdió a su madre y no es que no esté triste, afligida o deshecha, porque así es, pero además... está expectante, igual que papá. Demasiado extraño para que se trate de algo medio normal.

— Bien. Si no tienen más preguntas, y siguiendo las instrucciones de doña Teodora, procederé a solicitar a los Señores Gutiérrez, Contreras y Peláez que se incorporen a la reunión. — Las palabras de don Jaime me sacan de la nube espesa en la que me encuentro, tensándome al mismo tiempo.

— ¿Vosotros sabéis de qué va todo esto? — Tea, mi hermana mayor, lanza la pregunta a nuestros padres en cuanto el notario desaparece. Ellos optan por encogerse de hombros y mostrar el primer amago de sonrisa sincera que vemos desde que, hace ya un par de meses, entramos en el hospital con la *nonna*.

No les da tiempo a contestar.

Don Jaime, seguido por los chicos, regresa a la sala. Les indica las tres sillas libres que quedan a mi izquierda para que tomen asiento y deja caer su peso sobre el sillón de cuero marrón, a juego con el resto de mobiliario, en el que destacan unas librerías altas que llegan al techo y que forran todas las paredes de la habitación con el mayor número de enciclopedias que he visto en mi vida. Abre el primer cajón de un mueble oscuro, con pinta de tener más años que yo, ubicado a su derecha, para posar un enorme sobre amarillo en la superficie de madera; desde mi posición, sin mucho esfuerzo, y en una letra que no reconozco, puedo leer el nombre de la *nonna*: Doña Teodora De Simone Barbieri. El escozor de ojos reaparece con ímpetu, el vacío en el corazón se ensancha, la dificultad por conseguir oxígeno se acentúa y hasta la necesidad de buscar refugio en unos brazos que solo han conseguido recordarme lo estúpida que llegué a ser consiguen que me encoja, un poquito más, en el asiento. Miro a Aquiles de reajo, que observa con atención a don Jaime.

—Doña Teodora me pidió que les facilitase estas cartas. —Vierte el contenido del sobre en la mesa y nos las muestra. «A mis niñas», reza en una de ellas de su puño y letra; en la otra, lo que leo me parece tan surrealista que parpadeo un par de veces para asegurarme de que lo que pone no es un error: «Hasta la tercera constelación a la izquierda» —. Les dejaré intimidad, tómense el tiempo que necesiten.

Don Jaime se levanta, recolocándose las gafas metálicas, para abandonar la estancia mientras mis hermanas y yo nos quedamos con los ojos clavados en la caligrafía más bonita que hemos visto en la vida. Con el sonido de la puerta al cerrarse, Zia, mi melliza, se levanta con lentitud hasta acercarse a la mesa. Levanta una mano, pero cuando está a punto de alcanzar la primera carta, cruza los brazos sobre su pecho y se voltea hacia mis padres.

—Papá, mamá, no entiendo nada. —Sus ojos vuelan hasta los chicos para regresar de nuevo a los de nuestros progenitores.

—Cosas de la *nonna* —contesta mi madre, que con un gesto de la mano, apremia a Zia a continuar.

—¿Quién quiere leer? —Zia se aproxima hasta nosotras. Tea y yo negamos con la cabeza; el movimiento consigue que una lágrima se me escape, a partir de ahí, otras la siguen. Las aparto.

—¿Mamá? —balbucea Zia.

—No, cielo. Esto lo tenéis que hacer vosotras. Junto a ellos. —Mi madre sonrío a los chicos que tienen unas caras de entender aún menos que nosotras; eso es decir mucho—. Vuestro padre y yo os dejamos solos.

—¿Pero?! —Me incorporo.

—Solo cumplimos órdenes. —Mi padre agarra a mi madre de la mano para esfumarse tras la puerta.

Por unos segundos, un tanto largos, el único que parece tener vida en la estancia es el silencio que lo engulle todo, hasta que la risa nerviosa que me caracteriza cuando estoy histérica se cuela entre mis dientes.

— ¡No jodas, Hebe! — Tea me reprende, peor me pongo.

Al rato, entre algunos ojos que me miran con desaprobación, otros con expectación y unos que parecen entender menos que el resto qué es lo que sucede, me calmo.

— ¿Qué quieres que haga? Esto es la leche; estoy nerviosa. — Me coloco a un lado para sentarme en el suelo con las piernas cruzadas y froto mi cara con las manos. No nos podemos pasar así todo el día; yo quiero saber qué pone, aunque sé que no me va a gustar. No puede ser bueno si Aquiles forma parte de ello —. Zia, dame el sobre que está dirigido a nosotras, lo leo yo. El resto sentaos a mi alrededor. — Zia me obedece, aunque nadie más se mueve de su sitio —. ¡Venga, hombre! Si nos sentamos en esas sillas en círculo y solo habla uno, esto parecerá una reunión de alcohólicos anónimos.

A Mario y a Tea se les escapa una sonrisa mientras mi hermana se sienta a mi lado, y él, junto a ella. Zia, tras poner los ojos en blanco, se sienta a mi izquierda; Rubén lo hace a la suya; como no podría ser de otra forma, Aquiles ocupa el hueco que queda frente a mí.

— Mucho tardabas en desentonar. — Alzo la vista, dispuesta a ladrarle a esos ojos negros que sé que me deben taladrar, cuando lo veo esbozar una tímida sonrisa. Era una broma. Una broma. Le devuelvo el gesto.

Antes de abrir el sobre azul resigo con la yema las letras allí escritas, me acerco el sobre a la nariz y aspiro en busca del aroma a limón que caracterizaba a la *nonna*.

No lo encuentro.

Respiro hondo, decepcionada.

Rasgo el papel.

Con las hojas entre mis dedos, me dispongo a leer con la esperanza de que el nudo que se me forma en la garganta, en cuanto visualizo las primeras dos palabras, no me lo impida.

*Queridas niñas,*

*Vaya por Dios, he muerto. Bueno, eso, o alguna de vosotras se ha liado con don Jaime y este le ha confesado que os tengo preparada una sorpresa. De verdad, espero que sea lo primero; lo segundo... yo lo hice a los años de fallecer vuestro abuelo y, en serio, no os lo recomiendo. Demasiado mecánico para mi gusto. En fin, que me voy por las ramas, o los recuerdos.*

Me retiro las lágrimas que danzan a sus anchas por mi rostro. A alguien se le ha escapado una risita de incredulidad. No miro al frente, no levanto la

cabeza ni un segundo; si lo hago, si cruzo la vista con alguna de mis hermanas, seré incapaz de continuar con esto.

No hace falta que os diga que os quiero con locura, ni mucho menos que vosotras me lo digáis, o que ahora os hagáis ese tipo de preguntas estúpidas y sin sentido que nos hacemos todos cuando un ser amado se va: *¿Se lo demostré lo suficiente? ¿Se lo dije las veces necesarias?* No os martiricéis, pequeñas mías. Yo lo sé, no porque me lo hayáis dicho sin cesar, me lo habéis demostrado con cada gesto, abrazo, sonrisa y lágrima que hemos compartido. Habéis sido mi ilusión, lo que, cuando nos dejó el abuelo, logró sacarme de esa tristeza que se adueña de ti cuando sabes que tu compañero de vida no volverá a estar a tu lado; que no podrás sentirlo o escuchar su voz nunca más. Gracias, pequeñas, por darme el amor necesario como para desear arañarle un día más a la vida en cada amanecer.

Os tengo que decir que estoy orgullosa de vosotras: de la mujer fuerte y valiente en la que te has convertido, Tea; de tus trofeos de baloncesto, en lo perseverante que eres, infatigable incluso. De tus fotografías que empezaron como un juego para entretener a tus hermanas y ha resultado ser lo que mejor se te da en esta vida. De Zia, de tu sensibilidad, de la sencillez que siempre te acompaña, del buen hacer, de la forma en la que captas lo que hace feliz a los demás y que te molestas en dárselo si está en tu mano; de la magnífica profesora en la que te has convertido —ya me hubiese gustado a mí que me enseñasen música con la pasión que tú la transmites, cariño—, y de Hebe, mi dulce y espinosa Hebe. Seguro que, en esta ocasión, te has convertido en mi voz...

Una pantalla turbia me nubla la vista, apenas distingo borrones de tinta sobre un fondo blanco. Suspiro, aparto las lágrimas y sorbo los mocos; con la valentía que no tengo, intento seguir:

Jamás se te conocerá por tu paciencia, cielo. Creo que se la llevan todas esas delicias de pasteles y magdalenas, perdón, *cupcakes*, que eres capaz de elaborar. Pero *¿sabes?*, aunque siempre te diga aquello de que el circo se pierde contigo un gran fichaje, jamás te cambiaría por la más brillante de las mujeres barbudas. Tienes un corazón de oro, que nadie te haga sentir lo contrario.

La voz se me quiebra mientras los ojos no dejan de llorar; por primera vez desde que empecé a leer, necesito alzar la vista. No hay nadie a mi alrededor que no esté como yo o, como mínimo, tenga los ojos acuosos y un tanto rojos.

Respiro hondo un par de veces, acepto un pañuelo de papel que Mario me tiende y sigo al lío.

Pero no es oro todo lo que reluce, así que, en los últimos meses, me he visto obligada a hacer un par de ajustes en mis últimas voluntades. Tranquilas, ahora es cuando llegamos al momento en el que averiguáis qué hacen aquí los chicos. No os lo

toméis a mal, pero daría lo que fuese por veros ahora mismo las caras. Sobre todo la de Hebe. Cariño, no me tengas nada de esto en cuenta, es por vuestro bien, o por mi tranquilidad. No he llegado a tenerlo claro.

Levanto la cabeza. Todos nos observamos, el ansia baila en cada una de las pupilas que se cruzan con las mías; la necesidad de desvelar la incógnita se entremezcla con la ternura que desprenden las palabras de la *nonna*.

Esto no me gusta nada, ya lo había dicho.

Siempre he tenido una idea en la cabeza, ¿y si existe algo más allá? Es decir, más atea que yo no creo que haya mucha gente, pero... ¿y si una parte de nosotros pudiese sentir? Como no tengo la respuesta, pero sí sé lo que me gustaría que ocurriese de ser así, os pido lo siguiente: esparcid mis cenizas por diferentes lugares que han sido importantes en mi vida. Mi casa, el mercado —sí, ¿qué pasa?, quiero saber lo que ocurre en el pueblo; no creo que haya mejor lugar que ese para seguir informada. Además, desde ese punto, mis restos se irán a ver otros lugares gracias a la suela de los zapatos de clientes y trabajadores, creo que pueden ser un buen medio de transporte, en serio—; Pompeya, la casa de mi amiga Isabella, en Florencia; junto al Neptuno de Cinque Terre, la casa de mi hermano Lucca, en Sirmone. Como no sé en qué época del año he fallecido, no tengáis prisa, tampoco quiero amargaros las Navidades, dada la coincidencia, pero sí que os pido a los seis que dediquéis un mes de vuestras vidas a cumplir mi último sueño: las vacaciones de verano pueden ser un buen momento. Os he dejado una segunda carta en la que encontraréis el itinerario: treinta días que pasaréis los seis juntos, las veinticuatro horas. ¡Ah!, por el dinero no os preocupéis, don Jaime tiene instrucciones para sufragar los gastos.

Hace un rato que tiemblo, estoy tan alucinada que no es que lo note, pero el hecho de que las hojas que sujeto entre los dedos no dejen de moverse me da una pista. ¿Juntos? ¿Por qué? Miro a mi alrededor y no encuentro ni un solo rostro con una expresión corriente: Tea tiene los ojos tan abiertos que, tras un pequeño estornudo, podrían salir escopeteados de sus cuencas; Zia está petrificada, no mueve ni un solo músculo, aún menos las pestañas; Rubén mira al horizonte, a algún punto indeterminado, a saber qué ve; Mario no deja de llorar y suda como un pollo, mientras que Aquiles está serio, el hombre de los unos y los ceros, del blanco o el negro, parece estar descolocado. Sus ojos destilan desconfianza, la misma que siento yo al pensar en estar más de dos horas con él en el mismo recinto. Puñetas, *nonna*, ¿en qué pensabas?

— ¿Has acabado? — Tea parece ser la única que reacciona.

— No... perdón.

Y ahora, aparte de querer matarme —lo siento, llegáis tarde—, querréis saber el motivo. Pues muy fácil. Siempre, y cuando digo siempre, me refiero a que todos los

días de vuestras vidas, os he visto ir todas a una. Daba igual si la que se había metido en el marrón tenía razón o no, era indiferente que la hubiese liado hasta las trancas o si, posicionaros a su favor, acabase con un castigo que conllevara no ir a un concierto que esperabais hacía siglos. Jamás, en toda vuestra existencia, habíais pasado de los problemas de vuestras hermanas. En cambio, no habéis confiado las unas en las otras en vuestro peor momento, que, para más inri, ha coincidido en el tiempo; eso, queridas niñas, no he sabido aceptarlo. He esperado que fueseis capaces de arreglarlo entre vosotras, pero, si hoy Hebe es mi voz, es que no lo habéis conseguido. Incluso antes de que Hebe y Aquiles dejaran de ser pareja, empezasteis a hacer la vista gorda, a no mirar a vuestro alrededor. No os preocupasteis lo suficiente de las demás, podría afirmar que ni de vosotras mismas. Es por ello por lo que este viaje, que tenía en un inicio solo tres pasajeras, se ha convertido en un circuito por Italia para seis. Ellos son el punto de unión. Ellos pusieron patas arriba vuestro universo. Con ellos tendréis que convivir durante el viaje. No os pido que arregléis nada, segura estoy de que no hay ninguno de vosotros que entienda, con total claridad, de lo que hablo. Solo os sugiero que sigáis las instrucciones; pasado ese periodo, espero que el cosmos se haya alineado y todo esté como debería.

Por cierto, encontraréis unas cartas en alguno de los destinos. Así que ya sabéis, si queréis conocer cómo sigue este embrollo en el que os he metido o, simplemente, leer las absurdas ideas de la vieja nonna, tendréis que preparar las maletas.

Os quiero con todo mi corazón, niñas. No lo olvidéis jamás.

Un beso para vosotros, chicos, tened paciencia.

Las últimas palabras que salen de entre mis labios son apenas un susurro. No sé si los demás han escuchado, o entendido, todo lo que he pronunciado, aunque el silencio sepulcral que nos acompaña, en el que ni tan solo se oyen las respiraciones, me dice que sí, que todos son conscientes del significado de los deseos de la *nonna*. No dejo que el pánico a la situación me venza, levanto la vista: es peor de lo que creía. Todos, excepto una persona, tienen la cabeza gacha, la vista clavada en el suelo y las mejillas repletas de lágrimas. Observo a Rubén, que no deja de pasear su vista de unos a otros en busca de respuestas. Si no fuese por lo surrealista de la situación, hasta me haría gracia. Todos parecemos tener nuestros fantasmas menos él. Me encojo de hombros cuando sus pupilas me suplican una explicación.

*Nonna, ¿dónde nos has metido?*

# *Aquarius*

*1 de agosto*

*Cuatro meses después de la lectura del testamento*

*Hebe*

Retiro la tapa de la urna cilíndrica en la que transporto a la *nonna* para realizar nuestra primera parada técnica. Por primera vez, desde que nos hemos bajado de los vehículos para llegar al mercado del pueblo, que Aquiles cierra su molesta boca. Conociéndolo tendrá razón, pero no pienso darle el gusto. No hasta que yo misma haga el cálculo. Será pedante...

—Escucha, que no es por no hacerlo, pero esto tiene que ser ilegal. ¡A que nos metemos en un lío! —Mario se cruza de brazos mientras se inclina para examinar con recelo el interior del recipiente, que recuerda más a una avellana gigante que a una tumba para seres humanos chamuscados—. ¿Y si no lo supimos ver y a la *nonna* se le fue un poco la castaña en sus últimos días?

—Un respeto, ¿no te parece? —Tea lo mira con una cara que para qué. Creo que no le da una colleja porque se supone que todo este circo es para... para... ni la más remota idea. Pero no para pelearnos, eso seguro.

Desde la lectura del testamento que no nos hemos vuelto a reunir. Salimos del despacho de don Jaime con la firme convicción de que buscaríamos el momento para cumplir los deseos de la *nonna*. Costase lo que costase, por incómodo que fuese.

Eso debería bastarme.

No es así.

Que Aquiles forme parte de la ecuación supone tener a un enorme elefante rosa, con tutú incorporado, rodeándonos a base de piruetas para nada estilizadas. Todos sabemos que compartir espacio es un error, pero nadie quiere ser el primero en dar la voz de alarma y verse implicado en el choque de trenes.

Malditos cobardes.

Yo la primera.

Por ciencia infusa me convertí en la organizadora del viaje. O por lo mismo de antes: el silencio parece ser nuestra mejor baza. Y, ¿quién leyó la carta? Pues una servidora. No querías caldo, pues tres tazas. O dos, no lo sé. Aunque a mí me parece más bien el puñetero caldero donde cayó Obélix.

A nadie se le escapa que, según la *nonna*, todos tenemos temas pendientes que arreglar en este viaje. ¿Lo peor de todo? Que ni mis hermanas han preguntado ni yo he levantado la liebre. Más cobardía.

En estos cuatro meses, lo que más me ha costado ha sido retomar el contacto con Aquiles. Cada uno de los mensajes que he escrito en el grupo de WhatsApp, que creamos hace año y medio y que pasó al olvido tras la ruptura, ha supuesto un gran esfuerzo emocional. Le he dado tantas vueltas a cada una de las palabras que escribía, para no meter la pata, que casi invertía más horas en releer los mensajes que en buscar la información que enviaba. Y es que tenerlo cerca, aunque fuese de esa forma tan impersonal, me parecía una especie de examen a superar. No porque lo eche de menos y quiera impresionarlo o ganármelo otra vez; más bien, porque después de nuestro último encuentro —al del cataclismo me refiero—, se me quedaron sus palabras atragantadas y aún no las he digerido.

—Es la *nonna*, ¿cómo voy a meter la mano ahí? ¡Es como si la desmembráramos!

—¡Coño! —¡Zas! Tea le suelta la colleja.

—¡La hostia! —Los ojos marrones de Rubén se abren de una forma exagerada por el horror que le supone el comentario, mientras Aquiles agacha la cabeza, moviéndola a los lados, para evitar mostrar un amago de sonrisa que alcanzo a ver de milagro.

—Mario, ¡qué cosas tienes! —Zia, tras poner los ojos en blanco, es la primera en introducir la mano y sacar un puñado de cenizas—. ¡Venga!

Con más o menos renuencia todos la imitamos.

A las nueve y veinte de la mañana entramos en el destartalado mercado del pueblo, más concurrido de lo que imaginaba, dispuestos a cumplir con los deseos de una mujer italiana que aterrizó en España hace ya siete décadas.

Tal y como acordamos en el último mensaje, Rubén se coloca en el lateral de la pescadería; Mario, pálido a más no poder, entabla conversación con María, la carnicera, mientras veo que se lleva el puño hacia atrás para que la otra no pregunte; Zia se apoya en la columna de la frutería, junto al dispensador de turno, con una mueca de tristeza que me estruja el estómago; Tea, la más fuerte de todas, saluda a Encarna, la pollera, mientras un par de clientas se interesan por nuestra madre; Aquiles, sentado en la barra del bar, aprovecha para pedir un cortado, sí es que... Y yo, pues yo estoy en la entrada, junto al coche infantil, pendiente de oír las campanas de la iglesia que anuncien las nueve y media.



Dong. Dong...

El tiempo se ralentiza. Mis dedos, encogidos con fuerza hasta ese instante, se abren lento, dudosos, con miedo, para dejar caer el contenido al suelo. La cicatriz aún abierta se ensancha un poco más. Busco a Tea, que me sonrío sin ganas desde su posición. Mira al suelo y, con cuidado de no pisar lo que deja atrás, viene a mi encuentro. Zia, anegada en lágrimas, se abraza a Mario que se ha quedado paralizado. Busco a Rubén; cuando nuestras miradas se encuentran esboza una triste mueca para salir por la puerta trasera de acceso al mercado. De repente, el olor a madera me avisa de que él está cerca.

— ¿Estás bien? — Me retira una lágrima de la mejilla. Doy un paso atrás.

— Claro.

Salgo escopeteada del edificio en dirección al coche sin mirar atrás, con el pulso martilleándome la sien y el pecho encogido.

Odio que haga eso, que se crea con derecho a tratarme como si nada hubiese ocurrido. Lo hace poco, pero cuando se acerca... La primera vez fue en el hospital, cuando ya sabíamos que la *nonna* nos dejaba y me derrumbé. No debería haber aceptado su consuelo. ¡La leche! Golpeo el volante del coche.

*Nonna*, ¿por qué?

— Intentaba ser amable. — Como respuesta, emito palabras malsonantes con mis ojos a Tea cuando se sienta a mi lado y pronuncia esas palabras. Entendiéndolo, eleva la mano y con dos dedos se cierra la boca como si de una cremallera se tratase.

Diez minutos después llegamos a Aquarius, la casa de la *nonna* y segunda parada técnica.

La finca es un caserío enorme de piedra con los dinteles y las contraventanas de un marrón claro, igual que la baranda del balcón central, repleto de flores de colores vivos. La puerta de entrada luce un picaporte de hierro forjado en forma de pez que espera ser abierto.

Zia y Tea bajan del coche.

Necesito un minuto más para calmarme y cumplir con esto con un poco de paz, o algo que se le parezca, claro.

Respiro hondo, agarro la mochila azul en la que transporto a la *nonna* y su documentación, salgo del León.

Sin intercambiar una sola palabra entre nosotros, los seis nos dirigimos a la parte trasera de la casa.

El jardín sigue igual de cuidado gracias a Alfredo, un vecino amigo de la familia que se ha ofrecido a mantenerlo en condiciones hasta que mis padres decidan qué hacer con la propiedad. Solo pensar en perderla, en no poder venir aquí cada vez que quiera, las tripas se me retuercen y un dolor de estómago brutal me dobla en dos. Sé que es egoísta, yo vendría muy poco, mis hermanas igual;

mis padres ya han pasado aquí los últimos años de sus vidas, dejando a un lado su trabajo — mamá del todo, papá a medias —, para cuidar de la *nonna* como para que ahora que han vuelto a nuestra casa en la ciudad, y retomado sus vidas, les venga yo con historias infantiles. Lo reconozco. Pero ¡cómo cuesta desprenderse de todo lo que representa la *nonna*!

— Hebe.

— Sí — respondo medio en trance. Zia, a mi lado, me pasa un brazo por la cintura para que reaccione.

— ¿Y si primero vamos dentro? — Tea, tan alumna aventajada como siempre, reconoce lo que necesito.

Entramos en fila india por la puerta trasera que da acceso a la cocina, hoy por hoy, es la única habitación de la casa que estoy dispuesta a ver — solo porque me he mentalizado para ello —. Sí. No había regresado desde que falleció la *nonna*. Ya sé, ya sé, es para matarme. No quiero que la vendan, pero tampoco aparezco por aquí. Supongo que a este tipo de estupideces mentales se refería la *nonna* cuando nos dijo aquello de que no nos cuestionáramos nada. Puñetas, ¿cómo no hacerlo? Es que tenía unas cosas... Era especial. La mejor.

El olor a limón me estalla en la cara al tercer paso que doy, la imagen del marco de la puerta de la despensa, con las marcas y las fechas que escribía la *nonna* para realizar un seguimiento exhaustivo de nuestro crecimiento, abre una especie de compuerta en mi cerebro y un montón de imágenes pasan frente a mi vista como si las viviese en este instante.

Me mareo.

Palpo a mi alrededor hasta que encuentro el respaldo de una de las sillas de la cocina, logro sentarme.

Mis ojos buscan a mis hermanas: Tea se hace la dura, pero dos lágrimas la delatan; Zia... ¡vaya! Ella solo atina a recorrer lo que la rodea con la mirada para esbozar la sonrisa más franca que le he visto en la vida.

— Hebe. — La preocupación en la voz de Aquiles me tensa. Levanto una mano para que se calle.

— Estoy bien.

— No. No lo estás. — Busco sus ojos. Los encuentro a dos palmos de mí, justo enfrente, porque se ha agachado para quedar a mi altura. Apoya una mano en el respaldo de la silla, la otra, en la que cuatro pulseras de cuero negro rodean su muñeca, junto a uno de mis muslos. Cuando se da cuenta de que me quedo absorta, al ver que no se ha quitado la que le regalé, retira la mano, pero se mantiene en esa posición. Por lo visto, él puede aproximarse de cualquier forma posible, yo ni tan siquiera puedo observar la pulsera sin que le moleste.

— A ti eso tiene que darte igual.

Lo veo apretar la mandíbula mientras sus ojos se achinan y oscurecen. Cuando creo que me va a soltar la bordería del siglo, Rubén le aprieta el hombro. Aquiles se incorpora y desaparece seguido del otro, que me mira con algo parecido a la lástima.

Fantástico.

Claaaro. Normal que esté de su parte, es su mejor amigo.

—Os dejo a solas. —Mario, mejor amigo mío y de mis hermanas desde la infancia, también abandona el barco. ¡Genial!

—No llevamos ni una mañana juntos. Hebe, nos queda un mes por delante, o te calmas y comprendes que solo se preocupa por ti, o acabaréis peor que...

—¿Peor que qué, Tea? —Me paso la lengua por los labios, de repente se me ha secado la boca—. No lo veía desde hacía meses y se presentó en el hospital como si nada. ¿Con qué derecho? ¿Qué le hizo pensar que podía acercarse a mí? Y ahora, ¿qué pretende? Si cuando menos me lo espere regresará el Aquiles versión archienemigo y bocazas integral que todos conocemos y me dejará KO con sus palabras.

—Quería a la *nonna*, lo sabes tan bien como nosotras. —Zia afirma lo que es evidente y que me roba el aire. No debería estar aquí. No debería formar parte de esta misión. Sea lo que sea, porque no me creo que la *nonna*, que fue la única a la que le expliqué lo ocurrido, quiera juntarnos de nuevo.

—Cielo, debes entender que tenía derecho a decirle adiós. Igual que Rubén. Pasamos muy buenos momentos todos en esta casa, junto a ella. No podía ser de otra forma.

Sé que Tea tiene razón.

—Inténtalo. Solo eso.

Respondo a Zia con un movimiento de cabeza. Un sí que no llegará muy lejos; pero, bueno, es mi melliza —aunque no nos parezcamos en nada, ni física ni psicológicamente—, me conoce mejor que nadie, así que cuento con ello.

—Es para ti. —Frunzo los labios y arrugo la nariz. ¿A qué se refiere?—. La carta. Va a tu nombre.

Inhalo a trompicones. Ay, *nonna*, ¡qué difícil me lo pones!

Tea me pasa el sobre blanco. Mi corazón da un triple salto mortal. Lo cojo entre temblores y unos hipidos un tanto ridículos, pero es que no lo puedo evitar. Esto me supera. Las carcajadas brotan de mi boca sin previo aviso. Tea maldice por lo bajini.

—Te dejamos sola —anuncia Zia.

—¡Pero! —Me incorporo de un salto, la risa se me corta.

—Es para ti, solo para ti. Debes leerla a solas. Si quieres, después la compartes. Pero es tuya. —Tras esas palabras, Tea me besa; Zia me abraza, y las pierdo de vista.



Me llevo la mano libre a la cara para frotarla con energía en un vano intento de relajarme. La curiosidad me llama, pero también me para el miedo a lo que pueda encontrar entre esas líneas.

Unos segundos de relajación: cierro los ojos, respiro todo lo hondo que puedo y muevo los codos hacia los lados para destensar la espalda que está a puntito de romperse en dos.

Vamos a ello.

Abro el cajón de los cubiertos, cojo un cuchillo y, con cuidado, rasgo el sobre para obtener la carta. Dos hojas. Apoyo el culo en la mesa, siento el corazón en la garganta, la sien, las muñecas... ¡la leche!, hasta en el estómago. Las desdoble y empiezo a leer en voz alta, aunque sea solo para mí.

*Querida Hebe,*

*Mi pequeña, ya sé que me echas de menos, que esto de la muerte resulta más difícil de lo que jamás creíste. Ley de vida, dicen. ¡Menudo asco! Pero sé por experiencia que el vacío que dejo se llenará, que los recuerdos bonitos reducirán, poco a poco, el sentimiento de pérdida, que haber necesitado más tiempo y no haberlo tenido, no dolerá tanto.*

*Cielo, os quiero muchísimo.*

Se me traba la lengua, las primeras lágrimas se agolpan en mi barbilla y la respiración se me queda atascada en alguna parte.

*Pero vamos al lío, que la carta de hoy no es para hablar del pasado.*

*¿Ya habéis discutido? ¡Mira que lo sabía! Lo tenía tan claro como que el sol sale por el... ¿por dónde sale, cariño? ¡Es broma!! Ya sé por dónde sale el sol —emoticono molón de esos que te gustan tanto—. ¿No? ¿No habéis discutido? Pues mira que me extraña. Eso debe de ser la rabia contenida que no os deja avanzar. Suéltala. Déjala ir. No es buena compañera. Habla con él, no te encierres en ti misma, no dejes que tus sentimientos te dominen, al menos no los malos. Ya lo decía Alexander Pope: «Error es humano, perdonar es divino, rectificar es de sabios».*

*No seáis borricos.*

*¡Nonna! No me puedo creer que todo esto sea por Aquiles. Al final los demás tendrán razón.*

Acabarán odiándome.

Espero que sepáis ver lo que descubrí cuando estabais juntos. Sé que no obré de la mejor de las maneras —sí, ya sé que es un eufemismo, lo hizo como el culo—, pero todos nos equivocamos, todos tenemos derecho a rectificar y todos merecemos otra oportunidad.

Es posible que esté equivocada, aunque también es posible que no. Solo te pido que disfrutes del viaje, que pases de sus borderías, de sus malas caras; estoy segura de que solo durarán unos días. Intenta ser tú misma, aparca tus miedos a un lado, demuéstrate que la chica que desapareció cuando rompisteis sigue ahí, bajo capas de inseguridad, decepción y unas palabras de las que no eres merecedora. Pero no lo hagas por mí, ni por demostrarle nada a él, hazlo por ti.

Regresa por ti.

Necesitas ser escuchada. Él se muere por obtener respuestas, aunque no lo sepa. Los dos debéis pasar tiempo juntos para sanar las heridas que os infligisteis de la manera más absurda que jamás he visto.

¡Par de idiotas!

En fin, que me dejo llevar por mi sangre italiana y la lío.

Solo vive, Hebe. Siendo tú. Con la cabeza bien alta y la convicción de que ser uno mismo, sin lastres inútiles, es la mejor forma de quererse. Lo demás, si debe ser, será. Eso sí, lucha siempre por tus sueños, es una obligación.

Y anda, no te enfades conmigo por todo este circo que he organizado. Te aseguro que valdrá la pena, aunque ahora mismo no te creas ni media palabra.

Te quiero hasta el infinito y más allá.

Dales besos a todos de mi parte. Y hazme un favor, habla con tus hermanas, no eres la única que lo pasa mal.

Tu *nonna*.

Hace rato que mi voz se ha convertido en un susurro ahogado en lágrimas; mis labios, en unas líneas tirantes que pretenden alcanzar los ojos; mi corazón no es que esté desbocado, es que está a punto de salir por mi boca para no regresar jamás.

Vivir sin lastres, sin rencor a lo que hicimos en el pasado, me parece una buena opción. Complicada pero magnífica elección, al fin y al cabo.

Miro a mi alrededor: la mesa de madera ovalada, las sillas con los cojines verdes, la encimera oscura, la doble pila de piedra gris, la vajilla echa a mano apilada en la lacena. Una sonrisa de felicidad y paz se dibuja en mi rostro.

¿Enfadada? Para nada, *nonna*. Lo que ocurre es que no fui valiente entonces, menos ahora que no me queda nada por demostrar.

Introduzco las hojas en el sobre y lo guardo en la mochila azul. Voy a cerrar la cremallera cuando me viene a la mente un asunto pendiente.

Busco una báscula, cojo un plato y un puñado de cenizas para pesarlas. Aquiles tenía razón, cómo no, tenemos que ir con cuidado si no queremos quedarnos sin *nonna* antes de llegar a nuestro destino final.

Lavo el plato y lo guardo todo. Salgo al jardín.

La cola de caballo rubia de Zia se balancea de un lado a otro mientras controla el balón. Tea se para en seco bajo la canasta para limpiarse el sudor de la frente con una mano y se tira hacia atrás el flequillo castaño, se coloca uno de sus mechones tras la oreja y, con un rictus de lo más serio, increpa a Mario cuando no alcanza el pase de Zia.

— ¡Mario! ¡No te lo dejes robar!

Sale disparada al campo contrario.

Rubén corre con el balón botando a su lado, parece que va a lanzar, Zia se pone frente a él para hacerle un tapón, valiente ilusa; Mario se pega a Aquiles. Tea marca a Rubén que, tras una maniobra rápida y eficaz, pasa el esférico a Aquiles que de un salto realiza una canasta impecable.

Los dos amigos sonrían satisfechos y chocan sus manos. Tea le da un puñetazo sin fuerza a Mario exigiéndole que la próxima vez esté más atento, Zia la mira recordándole que solo es un juego.

— Cuando queráis — alzo la voz para llamar su atención —, pero que sepáis que Aquiles tiene razón. O racionamos lo que esparcimos, o nos quedamos sin *nonna* antes de llegar a puerto.

Todos asienten, excepto Aquiles, que se limita a esbozar la primera sonrisa del día.

Dos minutos después, repetimos la dinámica del mercado: metemos la mano en la urna, apretamos los puños; cuando estamos todos preparados y al mismo tiempo, abrimos nuestros dedos para dejar caer, en el jardín, un pedacito de nuestra querida *nonna* mientras el sol empieza a calentar más de lo que me gustaría y una leve brisa se levanta para hacerme sentir, por increíble que parezca, su presencia a nuestro lado.

Tea y Zia se dirigen hacia el coche sin mirar atrás, pero con una pequeña, diminuta, sonrisa. Mario y Rubén las imitan. Aquiles, una vez más, permanece a la espera de ver qué necesito.

No nos decimos nada, ni tan siquiera nos miramos, pero nos sentimos. Un escalofrío recorre mi cuerpo. Cuando creo estar preparada, pongo un pie tras otro hasta alcanzar su posición.

— ¿Lista?

— No.

— Yo tampoco.

Lo miro, me detengo a examinarlo: su pelo corto a los lados, pero largo de arriba, está más despeinado que de costumbre; su pose de perdonavidas, más acentuada, aunque con un rollo alicaído que no me esperaba. Ese aire de tipo que todo lo sabe parece dudar, mientras la nuez de su garganta, que sube y baja con

más frecuencia de la que me tenía acostumbrada, indica que los nervios se lo comen.

Está tan perdido como yo.

—Ni tú ni nadie, Aquiles. Así que no vale la pena preocuparse. Lo que tenga que ser, será. —Y con esas palabras intento obviar que pasaré los próximos treinta días con el único novio que me ha durado meses, ocho, para ser exactos, pero que me destrozó hasta el punto de transformarme en alguien que, a menudo, detesto.

¡La leche, *nonna*! ¡Qué rápido aprendo!

Italia, allá vamos.